

Carlos Blanco

**EL OFICIO DE REY**

Prólogo de Carlos Blanco para el guión editado en el 2006, "El Oficio de Rey":

"Esto que vas a leer es un relato extraño. Un hombre inventa un *personaje* y éste le mata.

El hombre lo inventó y se puso a interpretarlo como un actor. Imitó sus gestos, imitó su modo de hablar y sus largos silencios. Lo hacía muy bien. Era muy buen actor. Engañaba sinceramente, engañaba sin mentir, como hace el horizonte.

Pero tuvo un error terrible. Imitó su *modo de pensar*.

El personaje era frío y cruel y estaba al acecho. Vio tan cerca de él al actor y , sobre todo, le vio imitar tan perfecto su modo de pensar, que empezó a sujetarle, a poner trabas para impedirle salir. El actor lo notó. Notó que el personaje le agarraba, que le costaba cada día más volver a ser él, pero creyó orgulloso que eso era perfección de actor.

Pero un día quiso volver y no pudo. Buscó la salida. Se paró sorprendido. El personaje le observaba. Le vio buscar angustiado, golpear, desesperarse y gritar con pánico. Le vio querer arrancarse el modo de pensar del personaje y volver a pensar como actor. Inútil. El personaje le observaba.

Y un día, el actor se aterró al no poder alzarse de la silla.

El personaje le sujetaba con fuerza.

Fue ante su hijo de catorce años y cojo. Hacía diez que no le veía. Quiso abrazarle y besarle. No pudo. No pudo alzarse de la silla."Jamás expresarás emociones", oyó duro. Y miró frío y habló seco a su hijo. Luego lloró.

El personaje le mató con calma. Le apartó sin mirarle y le suplantó. Reinó en España y está enterrado en El Escorial. Se llamó Felipe II. El actor, Felipe.

Por eso lo llevo al cine. Por raro. Y porque me duele.

Y este es el guión. Listo para rodar. Con los diálogos íntegros, secuencias con la longitud adecuada y el relato que corresponde a dos horas diez de duración de la película.

Aclaro, para quien haya leído otros guiones, que este es distinto. Siempre he escrito así. En todas las cinematografías donde he trabajado. España, Francia, Italia Y Hollywood. Lo novelo. Le doy

forma novelada para facilitar su lectura. El guión habitual se hace para el rodaje. Los míos para el lector. El habitual incluye términos técnicos, interiores o exteriores, numera las secuencias e indica si es día o noche. Y saca aparte los diálogos como en el teatro.

Yo busco que el lector sólo vea el relato. Que olvide que está leyendo un guión. Porque me importa mucho su opinión. Es un futuro espectador y me orienta sobre su postura ante la pantalla.

Al novelar busco además la complicidad de su imaginación. Sin ella estoy perdido. Por eso le voy dibujando el relato, lo traslado de mi cabeza a la suya. Despacio, dejando que se empape. Si logro que viva y sienta estoy salvado.

En este guión, por ejemplo, que es un trozo de la vida de Felipe II, sólo un trozo, trágico, busco meter al lector no sólo en la intriga, sino en los ambientes para mejor vivirla y sentirla. El Ambiente perfila a los personajes tanto como sus acciones. Por eso mi deseo es que el lector suba conmigo las lóbregas escaleras, camine conmigo de puntillas en su pequeño despacho y vea amarillo su rostro por la llama del candil, que oiga el crujir del terciopelo y se angustie con los silencios peligrosos de Su Majestad.

Porque yo creo que una palabra vale más que mil imágenes, aunque lo digan al revés. La imagen que surge de la palabra, la que estalla en la imaginación del lector, es suya, íntima e intransferible. Y ni el cine la mejora.